

LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTORES: Antonio José Montoya y Federico Carlos Henao.

MIGNON

Era una pequeña árabe, á quien llamabamos Mignón, por su aire nostálgico.

Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche y llanto á todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha.

Estaba muy flaca y muy pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se escapaba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, muy abiertos, como si la escuálida agarena quisiera, antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino á Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos y micos. Allá lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo y un puñado de dátiles. Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por la canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, y el aduar con sus tiendas, su bullicio y sus cantos. Todo lo recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años, estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

*
*
*

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un mismo cuarto con osos y monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después se acostumbraron á verla, y ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

Mas con los osos, qué sustos pasaba al darles la comida y al oír sus gruñidos! Había sobre todo una osa parda, enorme, que hacía llorar de miedo á la pobre Mignón. El animal le manifestaba odio. ¿Por qué? Nadie podría saberlo, ni el mismo Director de la Compañía, quien, cuando la osa le tiraba un zarpazo á la

chiquilla, se contentaba con decir en su germanía híbrida, mezcla informe de árabe, francés y castellano:

—Te aborrece muy fuerte. Cuidado te mata ¿eh?

* * *

El Circo estaba lleno de espectadores que aguardaban con impaciencia la función de animales sabios.

Sonó un silbido, y por una puertecilla situada bajo el palco de los músicos, salieron los saltimbanquis, los osos y los monos. Mignón venía un poco atrás, vestida con pantalones bombachos rojos y chaquetita azul. En la cabeza llevaba un turbante amarillo.

Llegados á la mitad del Circo, los animales, obedeciendo las voces de mando de sus amos, exhibieron sus diversas habilidades.

Tocóle el turno á la chiquilla. Subióse sobre los lomos del oso y empezó, siempre seria, á hacer prodigios de agilidad y milagros de equilibrio. Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó.

—Bravo, Mignón! Bravo!

—Anda á recoger lo que esos señores te van á dar, le dijo el jefe, señalándole un grupo de personas que desde un palco la llamaban.

Y allá se dirigió la chica, llevando en la mano su turbante, en cuyo fondo cayó una lluvia de monedas.

—Oye, Mignón, le gritó un joven, ¿qué harás con ese dinero?

—Se lo doy al amo para pagarle lo que valgo, y con lo que me sóbre me voy.

—¡Bravo, Mignón, así se habla!

—¡Bueno, Mignón, tóma más! gritaban todos compadecidos, arrojando monedas entre el turbante. Una sonrisa, la primera que le veíamos, se dibujó en su boca al verse dueña de tanto dinero.

Volvió á bajar al Circo, donde la aguardaban sus compañeros. Y tal vez aturdida con su triunfo, no se fijó en que se había colocado muy cerca de la osa, que la odiaba.

—Tóma, Mignón, gritó un espectador, tirando una moneda, que cayó entre las patas de la osa.

La chiquilla se apresuró á recoger la nueva dádiva; pero antes de gurdársela se sintió abrazada fuertemente. Sus huesos traquearon con un crujido de leña seca. Era que la osa la ahogaba entre sus brazos!

No dio un grito. Cuando la levantaron, salieron rodando unas monedas de su bolsillo. ¡Pobre Mignón! Era el precio de su rescate, lo que le había de servir para volver á su desierto, á sus palmeras y á su aduar!

JULIO VIVES GUERRA

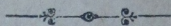
A EL

Mujer de sangre cálida y ligera,
virgen de immaculado misticismo,
tengo amado que llena á un tiempo mismo
pasión humana y virginal quimera.

Con nada nuestro idilio degenera ;
la saciedad en él, nunca es abismo ;
no hay abrazo sin nuevo paroxismo
ni anda entre nós la dicha de carrera.

Cuando á solas con ÉL quedo arrojada
á média noche en sepulcral beleño
vagando en la penumbra de la nada ;
entonces vivo porque tú, mi dueño,
me sacas de esta diurna mascarada
cuando me ciñes con tu abrazo, ¡oh SUEÑO !

C. E. RESTREPO.



EN EL PATIO DE LA ESCUELA

El señor don Saturnino Restrepo, en un artículo muy bien escrito y que revela buenos conocimientos literarios, da respuesta á unas líneas nuestras que publicó *El Oleaje* de Cartagena, referentes al número 2.º de *El Repertorio*.

No llegámos á creer que nuestro desventurado palique hiciera descolgar al señor Restrepo, de su panoplia literaria, tantas, tan ricas y tan limpias armas. En todo caso, el honor es para nosotros y, desangrados en la arena del circo, podemos morir con el consuelo del campesino herido que decía á su consorte: "No llore, Rosarito, que siquiera me mataron con revólver."

Entre sus muchas perfecciones tiene un defecto la respuesta del señor Restrepo, y es el de haber considerado lo nuestro como artículo de crítica, cuando sólo es palique, nada más que palique, como allí mismo se declara. La crítica—entiéndase la verdadera—es lo más elevado del arte, lo último en que se ejercitan los entendimientos; es algo así como la clínica literaria donde se aplican los conocimientos estéticos adquiridos anteriormente, y ni el señor Restrepo ni nosotros, cursantes de primer año en esto que se llama carrera de escritor, podemos meternos todavía en campo reservado á los que han recorrido todo el camino que media entre el simple conocimiento de los autores y la posesión de un cuerpo completo y preciso de doctrina literaria. Por esa razón de no ser nosotros más que me-

ros iniciados, jamás hemos hecho crítica literaria, sino sólo revistas ligeras; y por idéntico motivo rechazamos la resolución contenida en el siguiente párrafo del señor Restrepo:

“El señor Posada ha saltado al tren (de la prensa); pero él no llena la necesidad; es necesario un crítico verdadero, más serio, más justo y, hay que decirlo, más juicioso. Por eso, con la debida consideración, le indico la puerta para que vuelva á tierra.”

Tenemos aquí al señor Restrepo de conductor del tren de la prensa, expulsándonos del carro, seguramente por falta del tiquete que él mismo vende. *Clarín* de la tierra, está dando patentes de genio, oficiando de pontífice en un templo de que apenas conoce los materiales y el nombre de algunos obreros. La ridícula vanidad que informa el párrafo copiado, y la seriedad con que pronuncia el señor don Saturnino una sentencia que, entre paréntesis, no está ejecutoriada, nos obligan á no dejar esa risa burlona que parece no agradaarle, pero que está muy en nuestro modo de ser, y toma su origen, á veces, en la misma naturaleza de las cosas. ¡Conque ya no pasan las excomuniones políticas lanzadas por los Directorios, y vienen ahora á estrenar excomuniones en la literatura, campo del alma, libre, libérrimo, abierto á todas las inteligencias y á todas las voluntades decididas!

Cada vez que tengamos un rato desocupado nos ejercitaremos en tareas literarias, y si lo que escribamos sale en letras de molde, el público—verdadero conductor del tren que algunos suelen tomar por asalto en estas Repúblicas—será quien nos expulse ó nos deje seguir tranquilo viaje.

Y escribiremos según nuestro temperamento. A pesar de enormes desgracias, no nos hemos vuelto adustos y consideramos como un gran bien el buen humor que nos acompaña siempre, humor alegre que se ve en casi todo lo que escribimos.

Es costumbre nuestra no tomar en serio cosas que no lo merecen; por lo cual nos reímos de *Invernal* y de *Por eso* y de *Perfil y frente*, y si en lugar de reírnos hubiéramos emprendido obra de crítica literaria, ciertamente que ni artículo ni versos nos hubieran sido de gran provecho. Sepa el señor Restrepo que el día en que nos creamos con fuerza de analizadores serios y juiciosos, no nos ocuparemos “sino en lo que sea verdaderamente digno del arte”, para seguir el consejo que nos da. Tal vez entonces caiga bajo nuestra pluma alguna obra original suya, sin esa plenitud de citas que en muchos casos—no decimos que en el de *Por lo mismo*—indica ausencia de inventiva... y algo de pedantería de primerizo.

Nos censura el señor Restrepo la carencia de sistema y de teoría literaria. Con toda franqueza, confesamos que tiene razón. No teníamos para qué desarrollar teorías ó, como se dice ahora, lanzar manifiesto literario, para decir luégo: “Por lo expuesto, no creemos del todo buenos los versos del señor He-

nao, y estimamos que hay exageración en los elogios de su amigo Restrepo," cuando con la sola reproducción de esos versos estaba todo hecho para una revista que, lo repetimos, nada tiene de crítica. Menos podíamos exhibir un sistema; pero como en este punto el señor Restrepo tampoco dice "esta boca es mía," quedamos en paz, lo mismo que en cierta falta que nos corrige, relativa al empleo de la palabra *cerebro* (como si hubiera estado en Babia en materia de tropos!) falta que, á serlo, tiene evidentemente otro carácter que el *ocuparse de*, florón del último párrafo de *Por lo mismo*. Si en estas cosas de Gramática elemental caen los conductores, ¿dónde no tropezaremos los conducidos?

En cuanto á la palabra *lubricante*, es un error tipográfico, lo que se comprende fácilmente con examinar la descuidada corrección de *El Oleaje*. También allí se lee *Vergmaud* por *Vergniaud*. Y no son dos solas las incorrecciones. Y á otra vez, hablando de grandes hombres salidos del pueblo, citámos entre los militares á *Murat*; el cajista puso *Marat*, y alguien con quien discutíamos entonces nos postró, nos dejó tamañitos. Así proceden los de sistema y teoría, los que viajan de primera en el tren de la prensa, los escritores de buena fe!

Vamos á otra cosa.

En moralidad literaria hay que hacer una distinción: ó la moralidad se refiere á los principios generales de la Ética, ó tiene un sentido menos amplio, relativo á un cuerpo de reglamento peculiar á una asociación ó gremio. En esta acepción, un capitán de bandidos puede decir que su cuadrilla está desmoralizada cuando los que la componen no roban como es debido, ó no acuden puntualmente á las citas, ó dicen en la taberna algo que no deben saber los gendarmes. En uno y otro sentido creemos todavía que los versos del señor Henao son inmorales, porque en ellos se relata una especie de seducción, hecho que el autor no debe referir ni en prosa, y porque se da un mal ejemplo á los principiantes, quienes, en vista de lo fácil que es decir mentiras, se ejercitan en rimar aventuras de la misma especie, de donde iríamos á que la poesía amorosa se convirtiera en algo muy semejante á los registros de policía.

Espronceda, por no citar más, tuvo una vida de borrascosos amores, y cantó los placeres y amarguras de esa vida; pero lo hizo con la altitud del genio, sin esos episodios microscópicos y detallados en exceso que han dado al traste con la inspiración en el noventa por ciento de los aspirantes á poetas, porque se dan á cantar lo que no han visto, lo que no han sentido, lo que no han hecho. Espronceda, envuelto en la túnica de sus quebrantos, se retorció y dió un gemido inmortal: el *Canto á Teresa*, sin empalago de besos y sin abandono subsiguiente. En las primorosas octavas de ese canto está toda una existencia, y al leerlo se adivina lo que falta, sobre todo si se lee con alguna amargura en la memoria. Los grandes poetas que han

cantado la historia de sus pasiones, lo han hecho en la sala de la casa, no en el dormitorio ni en el oscuro pasadizo; y si en algo se salen del camino que les trazó su genio, las almas superiores, *los dioses grandes del Arte*, tienen sus privilegios, aunque limitados, al paso que los aprendices tenemos la obligación de guardar los estudios y exhibir sólo aquello que, sacado del caudal de elementos existente, haya recibido de la mente ropaje digno del asunto y del público que va á juzgar de la ejecución. Esto fue lo que no hizo el señor Henao en la primera estrofa de *Invernal*, y tal omisión fue causa de que la *censuráramos sin criticarla*.

La originalidad y el plagio, asunto que trata el señor Restrepo, merece atención; pero antes de entrar en materia debemos dar una explicación corta. El cuento del señor Déreas, que insertamos íntegro, no es de lo que se llama literatura edificante, ni como tal lo recomendamos: es simple aplicación del sistema homeopático. La trascripción se hizo sólo para dar un ejemplo del extremo en que pueden caer una buena imaginación no sofrenada, y un talento impaciente por la publicidad. Y suponiendo que nosotros seamos amigos de la pornografía, y aun más, que nuestra vida sea una sucesión de vicios, ¿dejará de ser verdadero lo que dijimos sobre los cínicos precoces y sobre *los hipócritas del vicio*? Tenga en cuenta el ilustrado conductor que esas no son ideas nuestras no más; piensan de igual manera don Leopoldo Alas y doña Emilia Pardo Bazán, el primero en muchos de sus estudios, y la segunda principalmente en *La cuestión palpitante*; y, viendo el aumento del mal, hay sabios que creen en la existencia de una nueva entidad morbosa, á cuyos atacados se da el nombre de *exhibicionistas morales*. Lombroso, cuya doctrina no por exagerada carece de fundamento racional, ha señalado particularidades craneométricas en los Esproncedas de citología y pizarra.

La teoría del señor Restrepo sobre originalidad, está contenida en la cita de varias citas que completarían las de don Juan Valera en su artículo *La originalidad y el plagio*, escrito para defender á Campoamor. En dicho artículo hallamos la base de nuestras opiniones en el particular, opiniones que hoy —quién sabe si mañana— podemos concretar así:

Nadie puede ser original *creando*, porque nadie crea; pero como el número de cosas creadas, aunque limitado no está conocido en su totalidad, sí hay originalidad en el hallazgo de cosas cuya existencia era desconocida. Esta clase de originalidad hace más amplia referencia al campo científico. Crookes fue original al descubrir los rayos *catódicos*, y original ha sido Röntgen *haciendo progresar* los trabajos de aquél.

En lo literario, estamos muy lejos de creer al entendimiento humano poseedor de todas las ideas, ó, como si dijéramos, de toda la materia prima; pero aquí lo original no se cifra tanto en la invención, en el hallazgo, cuanto en la proporcionada

combinación de elementos conocidos, y en la elegancia y novedad que sea posible tomar del lenguaje para dar al pensamiento vestimenta que no lo haga desmerecer en sí ni á los ojos del público ilustrado, juez de la obra, como dijimos antes.

De acuerdo con lo anterior, fácil es colegir por qué no estimamos original la primera estrofa de *Invernal* del señor Henao. La idea descriptiva que contiene está presentada sin arte ni novedad; novedad y arte que sí se hallan en el *Invernal* de Rubén Darío, para no citar á Landewsky, yá que el señor Henao no conoce la lengua francesa.

Con lo escrito contestamos al señor Restrepo parte de su mosaico publicado en el número 6.º de *El Repertorio*, no sin solicitar perdón por el atrevimiento que tuvimos de apocopar su nombre, reduciéndolo al de un simple dios.

La poca edad del señor don Saturnino; la inteligencia y el estudio que revela en su escrito; el buen gusto de no tratar sino con gente seria, ó de tomar, cuando más, clases de risa de Voltaire y Quevedo, indican que será él antes de medio lustro, el crítico verdadero, serio, justo y juicioso que andan buscando los del tren de la prensa.

Conocimos á Restrepo en Bogotá y era muy niño aún; pero en su infantil conversación brillaba con clarísimos destellos un talento vivo y precoz, que parecía no querer aguardar para producir toda su luz, la natural madurez de las cosas. Profesamos sincero afecto á toda persona inteligente, y hoy estimamos al señor Restrepo más que en aquella época no remota, porque se nos informa que no ha dejado burladas las esperanzas que en él fundaban sus amigos y su dignísima familia. Al gusto de saber esto, se mezcló la pena de leer en *El Repertorio* el concepto de que somos poco respetables como críticos y como moralistas. En ello estamos de acuerdo; pero la opinión esa en letras de molde no deja de tenernos un tanto alicaídos, porque en este mundo canalla todos, por malos que seamos, queremos grandísimos hipócritas! conservar cierta buena reputación con las personas de mayor mérito. Quédanos, á pesar de todo, un recurso, y es el que vamos á enunciar:

Como el señor Restrepo no conoce de nuestra pluma más que un palique, *Por no dejar*, vamos á dedicarle un cuento serio titulado *Respeto por el Arte*. Con esto, quizá nos vuelva á colocar en el tren de la prensa, aunque sea en puesto secundario. Si no da resultado... nos iremos con la música á otra parte de donde no nos expulsen con tanta facilidad como de la *Restrepo Encyclopædic Railway C.*?

ANTONIO POSADA HERNÁNDEZ.

P. S.—Mientras escribíamos lo que antecede, tuvimos el honor de ser presentados al señor Henao. Sentimos que estas líneas hayan de publicarse en *La Bohemia Alegre*, porque esa

circunstancia nos impide manifestar nuestro concepto actual sobre las capacidades poéticas de este nuevo é inteligente amigo. Es seguro que él no daría publicidad en su periódico á frases que forzosamente tendrían que ser laudatorias.

A. P. H.



LOS CASTELLANOS DE ARVHEN

(FRAGMENTO).

I

En la oculta salida del castillo
 aguarda yá vencido el caballero,
 armado hasta los dientes. Truena el bronce,
 y es todo confusión y muerte dentro.
 A golpes de metal mézclanse airados
 gritos y ayes y largos juramentos
 que derraman con boca de huracanes
 solícitos los ecos.

En la oculta salida,
 de opaca luz al resplandor incierto,
 la cólera en los ojos, y en las manos
 el deshonorado hierro,
 como una antigua estatua
 que allí enclavara artífice maestro,
 apoyado en el muro,
 sublime de rencor se ve al guerrero.

Álzase de repente sacudido
 por la atronante voz de los recuerdos,
 y—“Es verdad, es verdad . . . ¡ Oh Dios !” exclama;
 “sumida estaba en apacible sueño
 cuando en la torre voceó el alerta
 con marcial estrépito.
 ¡ Salvarla puedo aún.”

Y sus palabras
 ruedan á los abismos del silencio.

II

La cámara nupcial alumbra apenas
 tímido rayo de fulgor esquivo;
 despedazada veste sobre el lecho
 los ojos ven del azorado Ulrico,
 que, al avanzar, la bélica armadura
 sacude, y lanza de pavor un grito.

Ay! Es que de su dicha
 mira caer el monumento altísimo.
 Todo yá bajo el sol nada le importa:
 odiado y perseguido,
 sin un amante pecho
 que al suyo junte su vivaz latido,
 sin una voz que anime su esperanza,
 ¡ sólo en la tumba encontrará un alivio!

Pálida, aterradora,
 la muerte apareció; y en el vacío
 de sus cóncavas órbitas hallaba
 lumbre de amor el infeliz Ulrico.

El espantoso acero
 de corva punta y aguzado filo;
 aquel andar pausado
 con que se mueve el esqueleto rígido;
 aquella boca á la sonrisa extraña,
 hediondo y negro y sepulcral abismo;
 el haraposos y húmedo ropaje. . . .
 ¡ nada turbó su soberano brío!

Firme, en estrecho abrazo,
 llevarla al corazón, besarla, quiso,
 y de amor y ventura
 sopló sobre ella lánguido suspiro.

En tanto, la contienda
 seguía y el estrago y el bullicio;
 resonaba doquier la enhiesta lanza
 al chocar en el yelmo diamantino;
 al infernal estruendo
 juntábase el horror de los bramidos
 del incansable mar, que en tempestuosa
 noche azotaba los quebrados riscos,
 y en las tendidas lomas
 el can aullaba tétrico y sombrío.

III

Mediaba yá la noche.
 De la ferrada puerta
 en el umbral la gigantesca sombra
 del triste Ulrico se tendió severa.
 Al peso del dolor rindió la frente
 el adalid; su indómita fiereza
 cayó á los pies del infortunio herida,
 cayó á los pies de la desgracia, muerta.

Ay! cuando repentino,
helado viento la campiña asuela,
en vano tratan de luchar las flores :
¡ todo lo arrasa en su furor la recia,
oscura tempestad!

Así en el alma
que el soplo inunda de amargura intensa.

Ayer cuando afanoso
botábase al fragor de la revuelta,
era un león, gallardo en el combate,
y de su casco la triunfal cimera,
como encendido faro, refulgía
magnífica y soberbia.

¡ Quién á su pecho arrebató en tan corto
plazo el valor? La omnipotente fuerza
de aquel volcán; la ira
de aquella espada; la confianza ciega
del lidiador que lucha

y á par gozoso en la victoria sueña....
¡ Ah! Todo ausente, desdichado Ulrico!
Búscala el asilo de ignorada huesa,
y en el crespón de su inmutable sombra
al mudo olvido tu memoria entréga!

ABEL FARINA.

Septiembre de 1896.



PARRAFOS LITERARIOS

VIII

La Prensa.

Pocos, poquísimos son los motivos que tenemos los colombianos—aparte de lo que es Historia Antigua—para vivir orgullosos de nuestra patria. Es cosa que sólo oficialmente se puede negar.

Entre esos "pocos, poquísimos", hay uno que no sería por cierto el menos fundado si fuera verdaderamente lo que nos figuramos, y es el periodismo, ó mejor, el trabajo intelectual.

Lo que hay de cierto en la apreciación que á ese respecto se acostumbra hacer, es cosa que nos proponemos examinar.

A la verdad, se escribe en Colombia tanto como si fuera el hacerlo profesión lucrativa y no camino casi seguro para la ruina, ó carta de nacionalidad en la medianía, que casi es otro modo de ruina.

Las revistas y las hojas literarias pululan entre nosotros, sin hablar del periodismo político, que es capítulo aparte.

Ese periodismo, á la verdad, no es posible contarlo como factor en el movimiento intelectual, porque causas visibles, y palpables como las arrugas del planeta, hacen de él, en un sentido, ruina de lo que fue, y en otro, motivo de estudios más bien de moral, casi de patología social, que de literatura. Un momento de vida que tuvo no hace mucho, y no vida completa, basta sí para juzgar que contamos en Colombia con escritores políticos de mérito, sea como expositores ó como luchadores; que hay quiénes saben exponer en lenguaje sencillo y claro, como conviene al propósito, las ideas base de la doctrina de los partidos, sin descender por eso al estilo soso y salpicado de lugares comunes, propio de las gentes torpes; y por otra parte, quiénes con verbo flexible y resistente como el acero forjado en las fraguas de Damasco, combaten por la idea ya expuesta y la imponen, si cabe decir, por la lógica con que la presentan en oposición á otras.

Pero, repetimos, el periodismo político ha dejado de ser entre nosotros.

Es mucha falta la que hace para que sea ya posible aceptar sin reparo la satisfacción, puesta á cada momento de manifiesto, que nos causa la actividad del pensamiento. La presión que se ejerce bajo ciertos regímenes sobre los pueblos, no es en manera alguna elemento que pueda contribuir á su prosperidad intelectual, porque si por una parte suele concentrar en individuos determinados las facultades pensadoras, dando á su frase energía inusitada, por otra las atrofia en muchos que condena á la inacción, ó las mata de un golpe con la violencia que por lo general emplea. El odio que desarrolla no prende lo mismo en todos los caracteres, ni por consiguiente da unos mismos productos en todas las inteligencias: en unos germina y se desarrolla enérgico, exuberante como las lianas de nuestros bosques, y produce á manera de flores las cláusulas centelleantes que llevan en sí el fruto de la idea fecunda é imperecedera; en otros crece como si fuera más bien parásito pernicioso, trae el miedo, debilita y esteriliza.

Luégo, la prensa reprimida para fines políticos, no sólo ve disminuir su radio de acción en las cuestiones trascendentales que afectan la política propiamente dicha, sino también en muchas otras aparentemente extrañas, pero en realidad enlazadas con las que ha vedado directa y explícitamente. Un régimen político no sólo es régimen político sino también régimen social, y así, no sólo una rueda sino todas las que sostiene un mismo eje de revolución, se detienen de un golpe.

La discusión libre de los asuntos de interés vital para un país, es campo donde se ejercitan los pensadores nacionales con tal actividad y resultados tan vastos—además de ser necesarios—que su eliminación hiere el organismo en parte nobi-

lísima, sea que se considere la cuestión con respecto á los intereses mismos ó á la prensa llamada á discutirlos.

Pero hay todavía otras cadenas y otras camisas de fuerza que retienen el pensamiento y hacen de su decantado vuelo algo no tan extraordinario ni admirable como se acostumbra decir.

Cuando el Gobierno cierra la puerta de sus palacios á la investigación periodística, yá es un golpe bien rudo el que se da al oficio; pero cuando por otra parte la sociedad misma, que sufre las consecuencias, coadyuva oponiendo su veto personal á las cuestiones, entonces aquél está muerto ó por lo menos es un valetudinario, especie de convaleciente perpetuo cuyas excursiones más largas alcanzan apenas la longitud de un jardín; cuyas agitaciones extraordinarias son apenas los movimientos comunes y corrientes de los cuerpos sanos.

Por contagio de las esferas oficiales—ó por cualquier cosa—resuelve lo que se llama “todo el mundo,” adoptar un santo y seña que excluye del periodismo todo tema no ajustado á cierto programa, por más que sea tema de importancia capital para los mismos que lo excluyen, y por más que en cada cabeza y en cada círculo social sea conocido y tratado con mayor ó menor claridad, pero sin el escándalo que acompaña á su sola mención hecha por la imprenta.

La malicia que quiere descubrir abismos verdaderos bajo sentencias realmente inofensivas, propia de los tiempos de represión social, indica más bien depravación que inocencia, conocimiento no sólo especulativo sino práctico de los males tan temidos y, bajo tantas afectaciones de candor, inteligencia profunda de lo que se pretende ignorar. Es empresa baladí la de las gentes que atruenan los aires maldiciendo la corrupción ó extravío de quien dijo por escrito lo que anda de boca en boca, con el sólo fin de hacerse á reputación de virtud, cuando las gentes realmente sanas de espíritu (así creemos que se dice) han pasado sin sufrir menoscabo por sobre las “venenosas expresiones,” y ellos, los mismos alarmados, han sido únicas víctimas de un daño que estaba hecho desde tiempo atrás.

No escasean tampoco las intolerancias de otro género, y gentes muchas veces de sinceridad dudosa, se convierten en cruzados al menor síntoma de ataques que sólo existen en su cerebro, y desenvainan el acero en defensa de sus convicciones filosóficas ú otras, para ganar las indulgencias, pero ni siquiera las del cielo sino las de aquí abajo, aunque so pretexto de conseguir las primeras. Y no es preciso que sea la religión el motivo de diferencia: cualquiera sirve para el objeto que se proponen esas gentes.

Nada que honre como una convicción sincera y sostenida hasta en los últimos atrincheramientos, como una fe “confesada bajo los filos de las espadas”; pero ¡qué pobre el aspecto de quienes inventan una para hacer merecimiento defendiéndola!

dola de adversarios soñados, de peligros creación de la fantasía!

Intencionalmente esquivamos concretar nuestras palabras y referirlas á hechos, porque de hacerlo entraríamos en un trabajo crítico más vasto de lo que es necesario, ó por mejor decir, muy vasto y de ninguna utilidad, puesto que no se trata de condenar á los culpados sino las culpas, como es preciso hacerlo cuando éstas se extienden más allá de personas ó círculos especiales.

Como fuere, es lo cierto que no nos ha llegado el tiempo de dormir sobre los laureles como país de pensadores; pues—resumiendo y completando—falta en el concierto de nuestra prensa la nota del periodismo político. A los escritores se les recortan los temas por acuerdo establecido tácita pero efectivamente, y á porfía, para completar el círculo, nuestras condiciones sociales hacen imposible hasta ahora á los hombres darse á las letras con alguna probabilidad de hallar en ellas algo más que la gloria, alimento de deficiencia comprobada para nutrir el cuerpo. Los aficionados cultivan el arte como concesión que se hacen á sí mismos en los ratos que dejan libres los negocios de resultado práctico, y llevan al periodismo lo que aprendieron en cualquier oportunidad, nada estudiado especialmente para servirlo.

La instrucción, como se ha acostumbrado hasta hoy darla entre nosotros, no es tampoco, hablando francamente, la más propia para que los cerebros alcancen el desarrollo que en otras partes se manifiesta en las obras dadas al consumo diario. Hay excepciones como es necesario, pero lo general es lo afirmado.

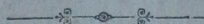
No nos proponemos decir, por supuesto, que siendo un tanto exagerada nuestra estimación de lo que valemos en el mundo como pueblo pensador, debemos abandonar la tarea y leer exclusivamente lo que nos venga de afuera, suprimida ya toda obra de origen nacional; todo lo contrario: estimamos que el orgullo fundado en la elevación del pensamiento es más legítimo y más bello que el que se apoya en otro género de cimiento—en las tradiciones de gloria guerrera, por ejemplo—y que nuestro deber consiste en hacer esfuerzos persistentes por alcanzar la altura sin darnos, eso sí, por vencedores cuando apenas escalamos los primeros contrafuertes de la montaña y vemos su cima resplandecer, pero muy alta todavía sobre nosotros.

Que la energía se dirija, por una parte, á sostener las fuerzas y á aumentarlas para que no sobrevenga el desmayo, para que demos pasos más firmes, que verdaderamente nos lleven adelante, y por otra, á desembarazar el camino de los obstáculos, á demoler los absurdos, edificando las verdades contrarias, á no caer en el sofisma de llamar mala la luz porque hierre la pupila que acaba de salir de entre las sombras.

La tarea es larga, pero la recompensa es hermosa: el poder algún día, nosotros ó quienes nos representen en la sucesión de las generaciones, tener por timbre de orgullo un mérito sólido como las formaciones rocallosas compuestas de partículas sumadas por los tiempos y por la labor de la naturaleza en un total incommovible. Lo que así no se forma es pasajero y estéril, es como la colina que una ráfaga de viento edifica con las arenas de la playa y que la ráfaga siguiente desbarata.

S. RESTREPO.

Medellín, Enero 27 de 1897.



CONTRASTE SUCESIVO

La tarde se moría; el pensamiento
Zozobraba en el mar de la tortura;
Mis tristezas gemían, como el viento
Gime en el pliegue de la onda oscura.

¡Oh tardes de arrebol—viejas auroras—
Que en vuestras alas retenéis impresos
El ritmo de mis últimas doloras
Y la música grata de sus besos !

Sentado allí, bajo la fronda inquieta
Donde mil veces de mi amor le hablara,
Teniendo, con orgullo de poeta,
Entre mis manos su risueña cara,

En confuso tropel la vieja historia
Surgió con sus ternuras peregrinas,
Y al verlas desfilar, en mi memoria
Los recuerdos punzaban como espinas.

Y pasó junto á mí! Muda y doliente
Aquella faz que contemplé radiosa!
Su hermosura velada castamente
Con el velo de hermana religiosa!

Mis ruegos agoté por detenerla,
De mí sus ojos apartó intranquila,
Y una lágrima así como una perla
Rodó por el azul de su pupila!

CARLOS ESPINELA.

RESPECTO POR EL ARTE

(Dedicado al señor D. Saturnino Restrepo.)

No era más que un platero de una figura humilde que se plegaría de buen grado á cualquiera que la imaginación del lector juzgara prudente acomodarle, por lo cual sería una vulgaridad hacer su retrato. Mas no se crea por eso que era un platero de los de tres al cuarto, de esos que por mezquino lucro montan mejor un silicato artificial tallado, con pretensiones de cristal de roca, que un verdadero diamante de Golconda. Quiere decir que era artista de veras, por vocación y temperamento, que no trabajaba sino cuando la obra, por sus materias primas, le hacía honor, ó valía bien la pena de dedicarle todas sus energías, y entonces le sacrificaba con gusto sus propios intereses con tal de hacerla á su satisfacción.

Admirado por la paciente labor que le dedicaba á un brazaletes, le preguntó alguien cuánto le pagaban por él.

—Nada, respondió; he gastado en materiales algo más de lo que me ofrecieron, de manera que pierdo en ellos y regalo el trabajo. Pero gano la satisfacción íntima de que, al verlo, muchos poetas me tendrían envidia y desearían ser plateros. Se lo aseguro á U. con toda la fuerza de mi convicción: el arte no se deshonorará con lo que yo haga, y mientras pueda decirlo no me importan cuatro reales de más ó de menos. Hay algo superior al lenguaje sonoro de los metales acuñados, y es el lenguaje mudo de las piedras preciosas que forman al arte blasón de nobleza soberana, sobre campo de oro esmaltado. Y ese *algo* no es sólo la obra que se ejecuta con todas las reglas, sino con todos los impulsos del alma; eso allá, misterioso, indefinible, que trasfunde la personalidad del autor en su obra dándole carácter, originalidad y vida propia. Por eso los cincelados de Cellini viven al través de los tiempos, porque el estilo, la manera peculiar de ese genio las sacó del común acervo de lo anónimo. También en mi oficio hay poesía. ¿No cree U. que hay algo grande, pero con una grandeza extraña que subyuga, en la combinación feliz de piedras finas, cuyo montaje manifiesta no sólo la genialidad del artista, sino sus estados de conciencia y sus momentos psicológicos, ó en un cincelado que haga la filiación del asunto, de manera que la obra le dé nombre al artista y viceversa, sin necesidad de grabarle las iniciales del que la sacó del lingote? Vaya que sí.

Mire U. este brazaletes; está inconcluso, más ya revela algo: es toda una carta de pésame.

Su interlocutor lo miró con ojos alelados, y el orfebre agregó tranquilamente:

—Es el encargo de un novio para su prometida, que acaba de perder la madre. Mírelo U.: es una roseta esmaltada que lleva dos zafiros, una esmeralda, una perla negra y un rubí en el

centro, rodeado de brillantes diminutos que lo guarnecen como el rocío al cáliz de las flores. El todo forma los cinco pétalos de un pensamiento en cuya hoja inferior, medio doblada hacia arriba, como si acabara de entreabrirse, brilla ese solitario, cual gota de rocío que rodó del centro. No ve U. ? eso habla al alma con lenguaje mudo. Es un pensamiento tan sutil como el anhelo de una virgen; pero también es un concepto claro de lo que el amante ha querido expresar á su amada en ese emblema; el pensamiento indica... vamos, cualquier cosa convencional, como lo que reza el *lenguaje de las flores* que, si no fuera por lo que admiro el simbolismo, me atrevería á creerlo una vulgaridad; la perla negra le hablará á la amada de su duelo, ya que se ha hecho de ellas el símbolo de la desgracia; las esmeraldas, de la esperanza en una vida mejor, que es el consuelo en nuestras aflicciones; los zafiros le mostrarán el cielo hacia el cual mira siempre el que pierde un ser querido, porque lo cree allá, y el fulgor misterioso del diamante le traerá á la memoria esas tardes en que ha creído sorprender la silueta querida del *ausente* en los medios-tintes del crepúsculo y los retozos infantiles que á esa hora juegan la sombra y la luz con las nubes caprichosas, y descubrir su mirada entristecida en los vagos reflejos del lucero de la tarde; y luégo, el rubí colocado á guisa de pistilo, como el corazón en el centro, le hablará el ardiente lenguaje del amor. ¿No cree U., como yo, que eso es hermoso? Yo no sé nada de lo que ustedes los poetas y los cinceladores de frases escriben sobre lo que es y lo que debiera ser el arte; eso lo juzgo muy por encima de mi soplete; pero, así y todo, el alma tiene sus ideas propias, sus sistemas y sus medios de percepción interior, quizá intuitivos, y yo que he pensado y meditado tanto en la gloria de mi oficio, tengo un argumento—que no creo sea mío, sino de eso que se llama la razón universal—para creer que las obras del orífice pueden dar tanta honra como las del poeta, las del músico ó las del pintor, y es el siguiente: si la tarea de los artistas se reduce á tomar los elementos de la naturaleza y combinarlos de esa manera especial que informa la belleza, de donde resulta que de un conjunto de sílabas salió el *Idilio* de Núñez de Arce; de una sucesión de notas, el *Stabat mater* de Rossini, y de la combinación de colores, la *Transfiguración* de Rafael, ¿porqué de la colocación de piedras preciosas no ha de resultar algo que admiren los siglos, con esa admiración hija del alma, que forma todas sus delicias; con ese arrobamiento extático, mudo, inexplicable, que ignora la razón de su pasmo? Porque eso de admirar como los *Yankees*, en puros *dollars*, es una envidiable genialidad de usurero; y decir: “me gusta más este anillo porque tiene el diamante más grandote”, es digno de albañiles.

—Todo eso es muy original, le replicó su interlocutor; pero se me ocurre una ligera observación: si U. cree que en la

platería puede hallarse la gloria merced á una colocación de piedras preciosas *de colores*, su oficio queda refundido en la pintura.

—Oh! no, señor, en manera alguna! El secreto que en él produce la belleza, no está en los colores de las piedras, ni en su forma: hay algo hondo que no resulta del valor ó mérito intrínseco de aquéllas, ni de sus colores ó lapidación, sino de todo ello en conjunto, y que está más en la interpretación inteligente y el buen gusto del obrero. Llame U. al pintor más hábil en materia de juegos de luz á que le represente las facetas de un brillante; esa pintura podrá ser tan perfecta como la que más; pero U. no hallará nunca en ella eso que hay en la luz de un diamante natural bien tallado, eso que creo para mi capote es la diferencia que existe entre las obras del genio y las parodias que de ellas hace el talento. Y con ser que la pintura realiza verdaderos prodigios! Aquel cuadrito que ve U. allí, regalo de un amigo, representa como U. ve, una gallina, nada más que una gallina medio aburrída y meditabunda en un rincón del corral; pues bien: una ocasión lo saqué al patio para limpiarlo, y el gallo de la casa, soberbio *espécimen* de gallo, si los hay, le arrastró el ala al rededor, y habiendo pillado un cigarrón, acercó su altiva cabeza empenachada á la del cuadro, con ese cuchicheo cariñoso que acostumbra para convidar á la hembra á partir con ellos el bocado succulento, y al ver el desaire que se le hacía, le dió un picotazo en la moña, para quedarse luego tan pensativo y mudo como la efigie. Eso hace la pintura con los animales, y con los ríos, y con los árboles; pero con las facetas, las *aguas* y los cambiantes de las piedras preciosas... jamás! Eso sería pretender que un real de vellón valiera al igual de un rubí de mil francos.

—Ya! pero desprecia U. los *yankoes* porque hablan en *dóllars*, y U. lo hace en francos y reales de vellón.

El platero se irguió en ademán casi hostil.

—Yo sé lo que me digo, agregé; pero mejor me sé lo que pienso y no puedo expresar sino en este lenguaje material, lleno de convencionalismos, que usamos aquí por no haber otro; y si comprendo bien lo que pienso, es porque nada se cierne en mi cerebro que no lo haya sentido antes con la intensidad de una obsesión. Qué quiere U.? Yo soy así. No puede confundirme con sus argumentos, que más que argumentos son argucias, pues yo no sé sino sentir por instinto, adivinar por intuición y admirar por anhelo natural del alma hacia los bellos ideales; pero jamás me quitará de la cabeza que mi oficio es cosa tan propia de la inspiración como la poesía y la pintura, sin más diferencia que la de los elementos que las constituyen y el medio en que se mueven, pues así como con bermellón no se puede hacer rubies que impresionen al *gallo de la casa* y lo dejen aturdido, si U. en el retrato de una Virgen pone lapislázulis donde debían brillar las pupilas, se lleva un chasco tremendo.

Ah! Y si todos los que se meten á escribir para el público respetaran tanto el arte como ese platero, de modo que pudieran exclamar: "la Literatura no se sonrojará con lo que yo escriba", habría menos mercaderes sacrílegos en el grandioso templo del arte, y menos revendedores en el de las musas!

Y las críticas valbuenescas serían una necedad.

ANTONIO POSADA HERNÁNDEZ.

Bogotá—1896.



A LOS REDACTORES

DE "LA BOHEMIA ALEGRE."

De juvenil arrojo haciendo alarde,
Huyendo del olvido que intimida,
Corona de laureles merecida
Por su labor recibirán más tarde.

Fuego sagrado en sus pupilas arde,
Marchan hácia la TIERRA PROMETIDA,
Y ante las amarguras de la vida
No sienten el recelo del cobarde.

Que avance al porvenir tan noble bando
La escuela decadente desechando
Que hoy de la juventud se enseñorea;

Y que del vulgo necio ante la mofa
Con más intrepidez salga la estrofa,
Con más inspiración brote la idea.

Medellín, Enero de 1897.

GONZALO VIDAL.



LA SEÑORITA ALEGRÍA

Alegría era una preciosa muchacha de veinte años, que poco tiempo después de su llegada á París, se había vuelto lo que se vuelven las muchachas bonitas, cuando tienen el talle delgado, mucha coquetería, un poco de ambición y otro poco de ortografía. Fue largo tiempo la delicia de los bodegones del barrio latino, donde cantaba, con voz más robusta que afinada, multitud de canciones campestres, que le valieron el nombre bajo el cual la celebraron después los más concienzudos críticos. La señorita Alegría, harta de triunfos, abandonó brusca-

mente la Calle del Arpa para ir á habitar las alturas citereas del barrio de Breda.

No tardó mucho en ser una de las reinas de la aristocracia del placer, conquistándose poco á poco esa celebridad que consiste en ser citada en determinados círculos y revistas de París, ó litografiada en las principales estamperías.

Sin embargo, la señorita Alegría era una excepción entre las mujeres con quienes alternaba. Naturaleza elegante y poética por instinto, como todas las mujeres verdaderamente mujeres, gustaba del lujo y de todos los placeres que éste proporciona. Su coquetería le proporcionaba ardiente codicia para todo lo que era bello y distinguido. Hija del pueblo, no hubiera sentido ninguna extrañeza en medio de la suntuosidad más real; pero joven y bella, no se habría resignado, empero, á ser la querida de un hombre que, como ella, no fuese también joven y hermoso. Alguna vez rechazó heroicamente los magníficos ofrecimientos de un hombre tan rico que se le llamaba el Perú de la Calzada d'Antín, y que había arrojado un montón de oro á los pies ó á los caprichos de Alegría.

Inteligente y espiritual, la inspiraban mucha repugnancia los tontos y los necios, cualquiera que fuesen su edad, sus títulos y su nombre.

Era una honrada y bella muchacha y, en materia de amores, adoptaba á medias el célebre aforismo de Chamfort: "El amor es el cambio de dos caprichos"; por eso sus relaciones no habían sido nunca precedidas de esas vergonzosas ventas que deshonan la galantería moderna. Como ella misma decía, Alegría *jugaba limpio*, y exigía que se la pagara en moneda de buena ley. Sus caprichos, vivos y espontáneos, no eran nunca bastante duraderos para llegar á la altura de una pasión; y la movilidad excesiva de aquéllos, y el poco cuidado que ponía en mirar la bolsa y las botas de los hombres cuyas atenciones aceptaba, producían en su existencia una perpetua alternativa de coches azules y de ómnibus, de entresuelos y de quintos pisos, de trajes de seda y de vestidos de percal. ¡Oh encantadora niña! ¡poema viviente de juventud, de risa sonora y de alegre canto! ¡piadoso corazón, que late para todo el mundo bajo una camiseta entreabierta!... ¡Oh Alegría, hermana del Placer y del Amor! sería menester la pluma de Alfredo de Musset para contar dignamente tu perezosa y vagabunda carrera por los floridos senderos de la juventud; y ciertamente que también él hubiera querido celebrarte, si, como yo, te hubiera oído cantar esta rústica copla de una de tus más favoritas tonadillas:

Un día de primavera
Di el corazón á un galán
De rizada cabellera,
Entre Cupido y Adán.

La historia que vamos á contar es uno de los episodios más bellos de la vida de esta encantadora aventurera.

En la época en que era querida de un joven consejero de Estado, que la entregó galantemente la llave de su patrimonio, la señorita Alegría acostumbraba dar un baile semanal en su bonito salón de la Calle de La Bruyère. Estos bailes se parecían á la mayor parte de los bailes parisienses, con una diferencia que los hacía más divertidos: cuando no había bastantes sillas, se sentaban los convidados unos en otros, y acontecía también algunas veces que un mismo vaso servía para una pareja. Rodolfo, que era el amigo de Alegría y que jamás fue otra cosa que un amigo (nunca han sabido por qué ni el uno ni la otra), Rodolfo, decimos, pidió permiso á aquélla para presentarle á su amigo el pintor Marcelo; un muchacho de talento, añadió, á quien el porvenir reserva un traje de académico.

—Traedlo, dijo Alegría.

La noche en que debían ir juntos á casa de ésta, Rodolfo subió á la habitación de Marcelo para llevarlo. El artista estaba vistiéndose.

—¡Cómo!—dijo Rodolfo—¿te vas á presentar al mundo con una camisa de color?

—¿Ofende esto al uso?—dijo tranquilamente Marcelo.

—¿Que si lo ofende? Hasta hacerle sangre, desgraciado!

—¡Diablo!—dijo Marcelo mirando su camisa, que era de fondo azul, con dibujos que representaban jabalíes perseguidos por una jauría.—El caso es que no tengo otra aquí.... En fin, ¿cómo ha de ser! Me pondré un cuello postizo; y como *Matusalén* se abotona hasta el cuello, no se verá el color de mi camisa.

—¡Qué!—exclamó Rodolfo con inquietud—¿te vas á poner tu *Matusalén*?

—Ay! respondió Marcelo—es absolutamente necesario: Dios lo quiere y mi sastre también; además, tiene una fila de botones nuevos y la he reparado perfectamente.

Matusalén era simplemente la levita de Marcelo, y la llamaba así porque era la decana de su guardarropa. *Matusalén* estaba hecha á la moda que reinaba cuatro años atrás, y tenía un color verde feísimo; pero Marcelo afirmaba que á la luz artificial hacía el papel de una levita negra.

Al cabo de cinco minutos, Marcelo estaba vestido con el peor gusto del mundo: parecía un aprendiz con traje de señorito. Seguramente no quedaria tan admirado el día en que se le enseñó su lección en el Instituto, como lo fueron los dos amigos al llegar á la casa de Alegría.

Hé aquí el motivo de su admiración: Alegría, que se había pasado bastante tiempo sin reñir con su amante, el consejero de Estado, habíase visto abandonada de éste en un momento muy grave. Perseguida por sus acreedores y por su casero, sus muebles habían sido embargados y bajados al patio de la casa para llevárselos y venderlos al día siguiente. A pe-

sar de esta contrariedad, Alegría no tuvo ni por un momento la idea de despedir á sus convidados, y de consiguiente no aplazó el baile. Hizo transformar el patio en salón; puso una alfombra sobre el pavimento; lo preparó todo como de ordinario; se vistió para recibir, é invitó á todos los inquilinos á su fiesta, en obsequio de la cual quiso contribuir Dios con sus iluminaciones.

Esta broma tuvo un éxito verdaderamente admirable. Jámás los bailes de Alegría ostentaron tanto ruido y tanta animación. Continuaba la fiesta aún, cuando llegaron los que tenían embargados los muebles, alfombras y divanes, y entonces las parejas se vieron obligadas á retirarse.

Alegría saludaba y despedía alegremente á sus convidados, cantando algunas de sus antiguas favoritas tonadillas.

Marcelo y Rodolfo se quedaron acompañándola y se subieron con ella á su habitación, donde no quedaba ya más que la cama.

—¡ Ah! demonio—dijo Alegría—ya me va pareciendo menos divertida mi aventura. Tendré que alquilar una habitación en la gran fonda de la Luna de Valencia.... Conozco ese hotel, en donde hay estrepitosas corrientes de aire.

—¡ Oh! señora—replicó Marcelo—si yo tuviese el poder de Plutón, os ofrecería un templo más bello que el de Salomón; pero....

—No sois Plutón, amigo mío, pero lo mismo da; os agradezco la intención.

—Bah!—añadió recorriendo con la vista su habitación—me aburría yá aquí; y además, era viejo el mobiliario. Hacía cerca de seis meses que lo tenía. Pero esto no es todo; después del baile, se cena ó debe cenarse, según creo.

Como Rodolfo había ganado algo en el juego que se improvisó aquella noche, condujo á Alegría y á Marcelo á una fonda que acababa de abrirse.

Después del almuerzo, los tres convidados, que pensaban en todo menos en dormir, proyectaron acabar el día en el campo. Encontrábanse cerca del camino de hierro, y subieron en el primer tren que salió, el cual los condujo á Saint-Germain.

Durante todo el día corrieron por los bosques; no volvieron á Paris hasta las siete de la noche, y esto contra el parecer de Marcelo, que afirmaba no era, ni con mucho, tan tarde, y que si se hacía oscuro consistía en que el sol estaba nublado....

Toda la noche de aquella fiesta y todo el resto del día siguiente, Marcelo, cuyo corazón se inflamaba con una sola mirada, se había prendado de Alegría, á quien hizo el amor de un modo algo *verde*.... Había legado hasta el punto de ofrecerla que compraría otro mobiliario, más bonito que el antiguo, con el producto de la venta de un famoso cuadro del *Paso del Mar Rojo*. El artista, pues, veía con pena llegar el momento en que sería menester separarse de Alegría, quien, dejándose besar

las manos, el cuello y sus accesorios, se limitaba á rechazarle dulcemente cuantas veces él quería penetrar en su corazón por medio de violencia ó fractura.

Una vez en París, Rodolfo dejó á su amigo con la joven, que rogó al artista la acompañase hasta su puerta.

—¿Me permitiréis venir á veros?—preguntó Marcelo—os haré vuestro retrato.

—Amigo mío—contestó la preciosa joven—no puedo daros mis señas, porque quizás mañana no las sabré yo misma; pero iré á veros y os compondré vuestra levita, en la cual veo un agujero tan grande que podría pasarse cualquiera por él sin tocar en ningún lado.

—Os esperaré como al Mesías—dijo Marcelo.

—No por mucho tiempo—contestó Alegría, riéndose como una loca.

—¿Qué encantadora muchacha!—decía Marcelo encaminándose con lentitud hacia su casa.—¿Es la diosa del placer! Haré dos agujeros más á mi levita.

Y no la destrozó completamente, porque sintió que le tocaban en el hombro: era la joven.

—Mi querido Marcelo—le dijo—¿sois caballero francés?

—Lo soy; Rubens y mi dama: hé aquí mi divisa.

—Pues bien, entonces oíd y compadeceadme—continuó Alegría, que no dejaba de tener algún barniz literario, aunque se entregaba á lecturas un poco horripilantes, como las de San Bartolomé:—mi propietario se ha llevado la llave de mi habitación, y son las once de la noche; ¿comprendéis?

—Comprendo—dijo Marcelo ofreciéndola el brazo.

Y la condujo á su taller, situado en el barrio de las Flores. Alegría apenas podía resistir ya el sueño; pero, sin embargo, tuvo bastante fuerza para decir á Marcelo estrechándole la mano:

—¿Os acordaréis de lo que me habéis prometido?

—Oh encantadora niña—replicó el artista con voz un poco conmovida—estáis aquí bajo un techo hospitalario, dormid tranquila: buenas noches, yo me marcho....

—Por qué?—dijo Alegría con los ojos casi cerrados—no tengo miedo, os lo aseguro; además, hay dos piezas, y yo me echaré sobre vuestro sofá.

—Mi sofá es demasiado duro para dormir en él; lo que tiene son guijarros en figura de lana. Os doy hospitalidad en mi casa y voy á pedirla para mí á un amigo que vive arriba; es lo más prudente—dijo.—Generalmente sé cumplir mi palabra; pero tengo veintidós años, vos diez y ocho, y.... ¡oh, Alegría!.... me voy.... buenas noches.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Marcelo entró en su casa con un tiesto de flores que había comprado en la plaza. Encontró á Alegría que, echada sin desnudarse en el lecho, dormía aún. Al ruido que hizo al entrar, se despertó ella y le tendió la mano:

—Buen muchacho—le dijo.

—Buen muchacho—repitió Marcelo—¿no es este un sinónimo de ridículo?

—¡Oh!—dijo Alegría—¿por qué me decís eso? No sois justo; en vez de decirme esas picardías, regaladme ese bonito tiesto de flores.

—Para vos lo he subido. Tomadlo, pues; y en pago de mi hospitalidad, cantadme una de vuestras bonitas tonadillas; los ecos de mi bohordilla guardarán quizá algo de vuestra voz, y os oiré aún cuando ya os hayáis marchado.

—¡Ah! ¿me echáis—dijo Alegría?—¿Y si yo no quiero irme? Escuchad, Marcelo: yo no subo treinta y seis escalones para decir mi manera de pensar. Me gustáis y os gusto. Esto no es amor, pero quizá sea los primeros albores de él. Pues bien, no me voy; me quedo y me quedaré aquí, hasta que se marchiten las flores que acabáis de darme.

—¡Ah!—exclamó Marcelo.—¡Antes de dos días estarán marchitas! Si lo hubiese sabido, habría comprado *siemprevivas*..

Quince días después, Alegría y Marcelo vivían juntos y felices, aun cuando frecuentemente se encontraban sin dinero. La joven sentía por el artista una ternura que no tenía nada de común con sus pasiones anteriores, y Marcelo empezaba á creer que estaba formalmente enamorado. Ignorando que á Alegría le pasaba otro tanto, es decir, que se temía estar muy enamorada de él, miraba todas las mañanas el estado en que se encontraban las flores, cuya muerte debía anunciar la ruptura de sus relaciones, y le costaba gran trabajo explicarse su frescura, cada día mayor. Pronto, sin embargo, se puso al tanto de aquel misterio: una noche, al despertarse, no encontró ya á Alegría á su lado. Se levantó, corrió á la pieza contigua, y averiguó que Alegría aprovechaba todas las noches su sueño para regar las flores é impedir que se marchitaran.

HENRIQUE MURGER.

LEY 157 DE 1896

(12 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

TÍTULO I.

DISPOSICIONES PRELIMINARES.

Artículo 1º De acuerdo con el artículo 42 de la Constitución, la prensa es libre en tiempo de paz, pero responsable, y se regula de acuerdo con las disposiciones de la presente Ley.

—Buen muchacho—le dijo.

—Buen muchacho—repitió Marcelo—¿no es este un sinónimo de ridículo?

—¡Oh!—dijo Alegría—¿por qué me decís eso? No sois justo; en vez de decirme esas picardías, regaladme ese bonito tiesto de flores.

—Para vos lo he subido. Tomadlo, pues; y en pago de mi hospitalidad, cantadme una de vuestras bonitas tonadillas; los ecos de mi bohaidilla guardarán quizá algo de vuestra voz, y os oiré aún cuando ya os hayáis marchado.

—¡Ah! ¿me echáis—dijo Alegría?—¿Y si yo no quiero irme? Escuchad, Marcelo: yo no subo treinta y seis escalones para decir mi manera de pensar. Me gustáis y os gusto. Esto no es amor, pero quizá sea los primeros albores de él. Pues bien, no me voy; me quedo y me quedaré aquí, hasta que se marchiten las flores que acabáis de darme.

—¡Ah!—exclamó Marcelo.—¡Antes de dos días estarán marchitas! Si lo hubiese sabido, habría comprado *siemprevivas*.

Quince días después, Alegría y Marcelo vivían juntos y felices, aun cuando frecuentemente se encontraban sin dinero. La joven sentía por el artista una ternura que no tenía nada de común con sus pasiones anteriores, y Marcelo empezaba á creer que estaba formalmente enamorado. Ignorando que á Alegría le pasaba otro tanto, es decir, que se temía estar muy enamorada de él, miraba todas las mañanas el estado en que se encontraban las flores, cuya muerte debía anunciar la ruptura de sus relaciones, y le costaba gran trabajo explicarse su frescura, cada día mayor. Pronto, sin embargo, se puso al tanto de aquel misterio: una noche, al despertarse, no encontró ya á Alegría á su lado. Se levantó, corrió á la pieza contigua, y averiguó que Alegría aprovechaba todas las noches su sueño para regar las flores é impedir que se marchitaran.

HENRIQUE MURGER.



LEY 157 DE 1896

(12 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

TÍTULO I.

DISPOSICIONES PRELIMINARES.

Artículo 1º De acuerdo con el artículo 42 de la Constitución, la prensa es libre en tiempo de paz, pero responsable, y se regula de acuerdo con las disposiciones de la presente Ley.

Artículo 2.º Todo libro, folleto, revista, periódico, grabado etc. llevará inscrita la fecha de su publicación y el nombre del establecimiento en que se hubiere editado.

Artículo 3.º Ninguna empresa periodística podrá recibir subvenciones del Tesoro Nacional, Departamental ó Municipal ó de Gobiernos ó Compañías extranjeros, á no ser que en este último caso medie el permiso de que trata el artículo 42 de la Constitución.

Exceptúanse de esta disposición las publicaciones de carácter científico ó literario, y las hechas en países extranjeros, cuando en ellas se trate de defender la honra ó los intereses nacionales.

Artículo 4.º Los escritores públicos pueden tratar libremente y discutir dentro de los términos de la presente Ley:

1.º Los actos oficiales, los asuntos de interés público y las reformas que estimen justas en la legislación; y

2.º Las candidaturas para puestos de elección popular ó parlamentaria, mientras ellas no hayan sido renunciadas.

Habrá amplia libertad para discutir todos los actos de la vida pública de los candidatos, dentro de los límites de la moral y de la decencia; pues sólo serán prohibidos los ataques á la vida privada.

TÍTULO II.

DE LOS IMPRESORES.

Artículo 5.º Son impresores el propietario, el administrador ó el encargado de un establecimiento de tipografía, litografía, grabado, etc.

Artículo 6.º Todos los propietarios, administradores ó encargados de imprentas establecidas en el territorio de la República, tienen el deber, dentro de los sesenta días subsiguientes á la promulgación de esta ley, de informar al Gobernador del Departamento respectivo y al Ministro de Gobierno, por medio de manifestación escrita en papel sellado, acerca de lo siguiente:

1.º Nombre del lugar donde se halle el establecimiento;

2.º Nombre de la imprenta; y

3.º Nombre y nacionalidad de su propietario.

Artículo 7.º Cuando una imprenta cambie de nombre ó de dueño, tales hechos se comunicarán á los funcionarios de que habla el artículo anterior, dentro de los cinco días subsiguientes á aquel en que el cambio se hubiere verificado, y las imprentas que en adelante se establecieren quedan sujetas á dar el aviso de que trata el mismo artículo anterior, dentro de los tres días siguientes á su instalación.

Artículo 8.º Todo dueño, administrador ó encargado de establecimiento tipográfico, de grabado, etc. queda obligado á en-

Biblioteca Universidad de Antioquia



6 1000 00510300 4